

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: **ROBERTO ROBERT.**

PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica des veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**



Crónica.

Todo español madruga, empuña el catalejo y sube á los cerros esperando ver venir las economías, la moralidad, la justicia y la policía urbana.

No se divisa á lo lejos el menor bulto; pero todavía no ha decaído la confianza en los ánimos.

Los síntomas favorables para el gobierno son los siguientes: los neos y los conservadores le ponen la proa; los fronterizos le miran de soslayo, pero no le escatiman corteses saludos; y los partidarios del programa Serrano-Sagasta hacen diabluras para hacer creer al universo que están al lado del ministerio y le secundarán con todas sus fuerzas.

Se dice que los federales estamos al lado del gobierno, lo cual en último caso probaría que apoyábamos á un gobierno del que no habíamos de ser empleados: cosa nunca vista en España.

Sin duda querrian algunos que salieran nuestros periódicos exclamando: ¿Qué atrocidad es esa de querer introducir economías en el presupuesto? ¿Qué barbarie es esa de no atender contra el derecho de asociación? ¿Qué disparate es ese de proclamar la moralidad y la justicia?

Yo convengo en que ese suele ser el modo de ganarse la vida la mayor parte de los políticos españoles.

No he olvidado ni olvidaré nunca á los que prometieron á sus electores abolir las quintas y votaron en favor de las quintas apenas obtenidos sus sufragios; pero ¿han de asemejarse los federales á esa mogiganga liberal?

Ya sé yo que, por ejemplo, el Sr. Sagasta subió al poder invocando los derechos individuales, y le faltó tiempo para declarar pública y oficialmente que le pesaban como una losa de plomo; pero ¿es que no hay más que Sres. Sagastas en España?

Si es ser ministerial pedir y aprobar las economías, la justicia, la moralidad, el respeto á la Constitución, el orden y la justicia, y demostrar que para hacer todo esto maldita la falta que hace ningún rey, somos ministeriales de piés á cabeza, por dentro y por fuera.

Grande alarma reina en el campo del presupuesto y sus alrededores.

Se celebran frecuentes Consejos de ministros; pero *La Correspondencia* tiene buen cuidado de tranquilizar los ánimos, terminando cada día tres ó cuatro sueltos con la siguiente fórmula: «Aun no se ha tratado del personal.»

Sí: calmaos, ¡oh patriotas! calmaos; no temais que ningún federal moje el menor mendrugo en el gran puchero de la nómina. Vuestro es todo su sustancioso contenido. ¿Quereis donacion por escrito?

Roberto Robert.

ESTUDIOS DEL DESNUDO.

«El presidente del Consejo de ministros estudia la manera de...» «El señor ministro se consagra al estudio de las reformas conducentes á...» «En el ministerio de la Guerra se estudian las economías que...» «Los empleados de Fomento se reúnen frecuentemente con el propósito de estudiar los medios más oportunos para...» Aquí estudian, allí estudian, y estudian acá, y estudian allá, y estudian ellos, y estudiamos nosotros y estudian todos: válgate Dios por estudioso, partido progresista, y qué prurito de aprender te ha entrado á última hora; loada sea la Providencia divina, que al fin te hizo caer en la cuenta de que habías estudiado muy poco.

No, y bien mirado, eso de que los señores ministros estudien no es malo: mejor sería, eso sí, que hubieran estudiado antes de tomar á su cargo el gobierno del país, que eso habrían tenido ahora adelantado; pero, vamos, si no lo han hecho antes y lo hacen ahora, quiera la Virgen, nuestra patrona, que para bien sea.

Lástima, y lástima grande será ciertamente, que los señores ministros, ocupados en estudios áridos, no lean ciertas y determinadas noticias de los periódicos: ayer, por ejemplo, leí en uno de ellos que Mr. Thiers se propone también hacer economías.

De esto deduzco yo, para mi consuelo, que también en Francia están á tres menos cuartillo, y que no somos los españoles los únicos que andan á la greña por mor de los cuartos.

Prescindiendo, empero, de esta consideración no muy caritativa, procuré averiguar en qué forma se planteaban las economías en Francia, y supe, con verdadero escándalo, que también allí se había establecido, como uno de los medios de economizar, el descuento á los sueldos de los empleados públicos.

Sí: desde el día 1.º de julio se ha puesto en vigor la medida.

Pero lo grave que hay en esto es que los empleados de menos de veinte mil reales ningún descuento sufren, los de veinte mil ó más de veinte mil abonan un cinco por ciento, y á los ministros se descuenta el veinticinco por ciento.

Esto, como fácilmente se comprende, es perturbador, y yo creo que, por fortuna, el ministerio progresista sabrá apartar la vista de tan pernicioso ejemplo.

Al fin, en Francia, buena ó mala, existe una república, y nada tienen de extraordinarios esos extravíos.

¡Digo! Pues si aquí siguiesen ese sistema, ¿dónde iríamos á parar?

El empleado de seis mil reales cobraría á fines de mes veinticinco duros justos y cabales: ni tendría apuros para comprar tabaco, ni dejaría de comer exquisitos garbanzos, ni abandonaría la patata feculenta, ni, lo que es más sensible, sufriría aquellas apetitosas escaseces con que los últimos días del mes se amenizan.

Quitadle al empleado de seis mil reales el placer del descuento, y habreis privado á su vida de uno de sus encantos.

Pero si dejar íntegro el sueldo á los empleados de

escasos haberes es proceder hasta con crueldad y ensañamiento, descontar el veinticinco por ciento á los ministros es el colmo de la iniquidad.

¿Se pretende por ventura matar de hambre y de sed á los ministros? Si se pretende eso, dígame con franqueza; pero si no, ¿cómo se concibe que con cuatro mil quinientos duros pueda sostenerse un hombre? Aun con los seis mil que tienen de sueldo completo hay sus dificultades... ¿Y qué sucede? Que cuando menos se espera principian las gentes á decir si en la compra de tales terrenos hubo ó no hubo enjuagues, si en esta ó en la otra contrata hubo ó no hubo abusos.

¿Y qué diré de las consecuencias remotas del sistema?

En Francia, por desgracia suya, no tienen rey, ni emperador, ni cosa tal; uno que tenían se estropeó, y ahora están haciéndoles otro de encargo; pero aquí, afortunadamente, lo tenemos ya hecho y todo.

Ahora bien: si se establece escala gradual sin faltar al respeto al monarca, no cabe concebirlo de distinto modo.

Empleados de menos de veinte mil reales, sin descuento.

Empleados de veinte mil reales en adelante. 5 por 100
 Ministros. 25 por 100
 Monarca. 50 por 100

¡Con que es decir que la lista civil quedaria reducida á quince millones!

Solo pensar en esto horripila.

¡Por una bicoca de quince millones que la nación no necesita, escatimar el lujo y el boato de la real casa! ¡Nunca!

Perezcan en buen hora los maestros, aumentense con jornaleros hambrientos las filas de *La Internacional*, muérase la industria y parálizese el comercio; todo eso, mucho más que todo eso... nada vale ante el decoro de la real casa.

A bien que de los estudios del ministerio no saldrán esas ridículas é irreverentes economías.

A. Sanchez Perez.

LO DIFÍCIL.

Difícil podrá ser hinchar un perro: concedo la dificultad sin discutirla; difícil será cobrar una cuenta del excelentísimo y paupérrimo ayuntamiento de Madrid; la experiencia nos inclina á considerarlo como uno de los más enmarañados problemas del siglo; pero ¡cuidado con la dificultad de ser republicano en esta tierra! ¡Esto sí que es para rendir á un Hércules y cansar á un Job y embrutecer á un Séneca! Porque todo son objeciones, y obstáculos, y zancadillas, y laberintos para el pobre, á quien el cielo airado, como dicen los poetas, condenó á la miserable suerte de andar por este valle de lágrimas con el republicanismo á cuestas.

Yo comprendo sin el menor esfuerzo que haya seiscientos generales en España; sí señor, ello la cosa misma le da de sí; porque un grado por ir contra los revolucionarios; uno por ir en favor suyo; uno de

gracia general para celebrar el triunfo; uno por gracia especial; uno por antigüedad; uno por ir á Ultramar, y uno por el desempeño de una comision, son siete grados; añádame Vd. interpolados con estos los que pueden ganarse en los motincitos de tres ó cuatro años, y verá Vd. como todo se explica fácilmente.

Además, que el ser general no está mal visto ni mal pagado; tiene sus atractivos, y es natural que no se niegue á serlo ningun hijo del hidalgo pueblo hispano.

Y, sobre todo, no hay más que echar una mirada al presupuesto para convencerse de que los generales han de ser muchos.

Comprendo tambien que haya en España ochenta y siete duques; si señor, lo comprendo: porque á nadie se le dirige cargo alguno por ser duque.

No hay noticia de que á ninguno de ellos haya ido con aire de descontento la mujer, el amigo ni el pariente á decirle: «¡Hombre! ¿Por qué es Vd. duque? ¿Cómo no se deja de esas cosas una persona formal como Vd.? ¿No comprende Vd. que eso del ducado es pampolina y bambolla, que no existe hace años y es un ridículo resto de otros tiempos?»

Ya digo, yo no sé que á ningun duque se le moleste jamás con semejantes reflexiones, y lo que digo de los duques, lo aplico igualmente á los 747 marqueses, y á los 558 condes, y á los 76 vizcondes, y á los 78 barones que esmaltan y abrillantan nuestra *Guía de Forasteros*.

Se puede ser cualquiera cosa de estas con toda comodidad y sin empacho; pero ¡ser republicano! Ya, ya.

¿Va Vd. á comer á Fornos? Pues sale un coro de voces diciendo: ¡Vaya un republicano! ¡¡Come en Fornos!!! Lo cual quiere decir que la comodidad, y el aseo, y los buenos manjares deben ser cosas ajenas al republicano.

No se resista Vd. á beber en jarra ó vaso súcios, si no quiere Vd. oír en son de reproche: ¡Vaya un republicano!

Y debe Vd. evitar el contacto de los guantes; porque hay una secta que rechaza la idea de que igualdad, libertad y fraternidad puedan ser compatibles con el abrigo y el cuidado de las manos.

Obsequie Vd. á un amigo que vaya á visitarle, y hágale tomar una jícara del clásico chocolate.

Si él es cortés le dirá á Vd. que le gusta, y le preguntará:

—¿Dónde lo compra Vd?

—En la Compañía Española.

—¿Cómo! ¿La que es proveedora de la Real Casa?

—¡Caballito!

—¡Y Vd. es republicano! ¡Comprar el chocolate donde lo compra el rey!

—Pero ¡bruto! Porque el rey respira el aire de Madrid ¿quiere Vd. que yo me asfixie? ¿O que en comprando él una cosa buena, yo, que contribuyo á pagársela, compre para mí la peor? Pues tan majestuoso es mi paladar como el suyo.

—¿Qué quiere Vd. que le diga...! Un republicano...

Nada: la gente es así. Para ser republicano le exigen á Vd. que fume el peor tabaco; que no le repugne la suciedad; que se ocupe en el perfumamiento de los demás y se embrutezca todo lo posible.

Lo de ménos es aquello de pedirle á uno la cabeza. Hay desgraciados que creen que no serian buenos republicanos si de cuando en cuando no pidieran una cabeza ú otra. Bien saben que no sirviéndoles para nada la suya, tampoco sabrian qué hacer de las ajenas; pero se figuran cumplir con un deber tradicional exclamando en momentos dados:

—¡Venga acá la cabeza de Fabio!

Ya digo que esto es lo de ménos, por más que se le haya querido dar importancia.

Pero las pejugueras que enumeré antes y otras que no enumero por no ser molesto, ¿no es verdad que molestan, fatigan y disgustan?

Y luego sea Vd. republicano.

Ni sé yo cómo hay uno en toda España.

GIL BLAS.

EN SUSPENSO.

Hace unos dias que vivimos de milagro.

Desde que los respectivos ministros juraron sus respectivos cargos, la posicion comun de todos los es-

pañoles es la de brazos cruzados, boca abierta y respiracion contenida.

Almorzamos esperanza, comemos incertidumbre y cenamos conjeturas.

¿Quién se atreve á censurar al ministerio? ¿Quién á elogiarle?

Las preguntas de ¿qué piensan? y ¿qué harán? corren de boca en boca, y da gozo contemplar á un ciudadano obligado á contestar á otro que le pregunta: ¿qué hay de cosas?

Porque no hay nada, absolutamente nada, más que un programa estudiado, comentado y censurado por la prensa.

En los círculos políticos, en el café de la Iberia, en el salon de conferencias y en la Tertulia no resuena *point* el canto de las ninfas progresistas.

Nos encontramos, en fin, como los niños del limbo, sin pena y sin gloria.

A menudo rompe esta monotonía un periódico ministerial, arrojando sobre los famélicos españoles el augurio de un proyecto.

Entonces la animacion aparece rápida y momentáneamente en todas partes, y á un *Dicese* de *La Correspondencia* ó á un *Hemos oído asegurar* de *El Imparcial*, se le presta cierta atención, cierto respetable silencio, que entenece, que hace sentir.

Hace pocos dias armó una algazara un periódico con solo estampar en sus columnas estas dos líneas:

«Se dice que el Sr. Ruiz Zorrilla quiere fundar á todo trance el reinado de la moralidad.»

¡Qué de conjeturas originó esta noticia! La palabra *moralidad* cayó sobre los empleados como una bomba.

Más tarde dijo otro:

«Se van á economizar ocho millones de reales en el presupuesto de Gobernacion.»

Nuevas sensaciones, nuevas hablillas, expansion en los contribuyentes, admiracion en los moderados, sonrisa en los unionistas, gozo en los demócratas... este ha sido el resultado de ese par de líneas.

«Sesenta diputados han ido ya á pedir favores al Sr. Ruiz Gomez.»

Frasas sueltas: ¿Lo ve Vd.? ¡Si no podrán hacer nada!—¡A esos diputados los formaba yo causa!—Bueno; no se les atiende y...—¡Qué osadía!—Y ¿los ha servido?—¡Que se publiquen sus nombres! etc.

«El general Córdoba proyecta suprimir...»

Frasas sueltas: ¿Ha visto Vd.? No saben hacer nada si no suprimen.—¡Bien hace! ¡Corta por lo sano!—¿Respetará mis servicios?—Ese es el camino; ¡adelante!—¿Y la tradicion? etc.

En tanto los ministros van, vienen, se reunen, cabildan, proyectan, toman acuerdos, y los españoles nos alimentamos con ese poco de manjar que nos suministra la prensa hablándonos de proyectos ilusorios, de conjeturas sin fundamento, de hipérboles políticas y de adivinaciones calculadas.

¿Se puede vivir así...? Pues así vivimos.

Zorrilla nos ha pronunciado un discurso en que ha ofrecido... ¡uff!

Y estamos aun á estas fechas con la misma inquietud, con el mismo afan con que están los muchachos la víspera de ferias, los novios quince dias antes de casarse, el estudiante la víspera del exámen, el hortera en sábado, el diputado ministerial en momentos de crisis, el jugador ante el banquero que talla...

No respiramos, no vivimos, no descansamos.

Y esto es lógico.

Ruiz Zorrilla nos ha ofrecido el oro y el moro; el tiempo se pasa, los minutos son meses, los dias años, y á estas fechas no puede un infeliz periodista dar la noticia de lo que ha de ocurrir mañana.

Y ¿quién lo sabe? ¡Ah! Lo saben Zorrilla el ministro y Zorrilla el poeta; pero uno y otro lo ocultan á sus conciudadanos y se rien de nuestra impaciencia. ¡Ingratos! ¡Vernos padecer... y estarse callados!

M. Matoses.

FALSIFICACIONES.

No hay remedio, no le den Vds. vueltas; vivimos en plena falsificacion.

Se echan á rodar por esos mundos los duros falsos, las pesetas falsas y las monedas de oro apócrifas; se falsifican las monedas de cobre; ¿qué sé yo?

No hablemos de billetes de Banco. Si hoy se dan á luz los de la série de 100, mañana aparecen los de

500, pasado se echan á la plaza los de 1.000, y al dia siguiente es cosa segura la presentacion de los de 4.000.

¿Qué más, hombre, qué más? ¿No han descubierto unos cuantos carlistas viejos que se han presentado al canje en el Banco político otros carlistas nuevos, recién acuñados, y que no se distinguen de los primitivos, ni en su tendencia, ni en sus aspiraciones, ni en su conducta? Pues nada, son carlistas falsos, tan falsos, que no pueden serlo más.

Los viejos, los pelucones (llamémoslos así), declaran que los tales se conocen en esto y en lo otro, y en lo de más allá; pero Vd., inocente lector, topa con un carlista, le oye Vd. gritar ¡viva D. Carlos! y no se pára á considerar si lo que tiene á la vista será un carlista de cobre ó de plata legítima.

Pues son falsos, amigo mio, falsísimos.

¡Oh! Nosotros tenemos en eso tal perspicacia, que lo mismo es tropezar con un hombre que nos dice que quiere hacer la felicidad del país, que ya empezamos á frotarle y á rasparle por el canto, y pocas pruebas se necesitan para descubrir su legitimidad ó su falsía.

De progresistas andan por ahí catervas que parecen de oro, y son sobredorados... que ¡me rio yo del que los conozca!

¡Oh! Es que están muy bien hechos. Los unos llevan el año 1812, otros el 1820, algunos el 1834, varios el 1854, muchos el 1868.

¿Quiéren Vds. conocerlos? Frótenlos sobre el título I de la Constitucion de 1869, y si no descubren su baja procedencia, que me emplumen.

Pues ¿y demócratas? Los hay que dan un chasco al más pintado. Nuevecitos, flamantes, sonoros, llenos de atractivos, los tira Vd. al suelo y sueñan á las mil maravillas.

Pero... écheles Vd. una gota de moralidad, y los verá Vd. palidecer hasta que enseñan el cobre.

¿Necesitaré hablar de los unionistas? Hay unionista falso que pasa por ochavo moro, y sin embargo, ochavo y todo, es falso. Y ¿hay quien pierda el tiempo falsificando ochavos? Pues sí señor.

Yo quisiera saber cuánto gana al dia el que se dedica á hacer unionistas falsos. ¡Si no debe sacar para vivir!

¡Y cómo abundan los condenados! Si va Vd. á la tesorería constitucional se los dan á Vd. á cientos. ¡Toma! ¡y ni el cajero los conoce! Y es que están bien hechos, sí señor, lo que es eso sí.

Tienen una capa de metal Orleans, un baño de plata liberal y una brillantez ministerial tan encantadora, que cualquiera dice al verlos: ¡Toma! esos pasan como legítimos en esta situacion. ¡Caramba! y lo peor es que es verdad.

Pero ¿y lo que me sucedió á mí el otro dia? Tropezco con un político (no quiero decir su valor) y me dice que sin la coalicion esto no durará.

Me le echo al bolsillo, y al pagar al dia siguiente la contribucion me interrumpe y dice que se alegra de que se haya roto la coalicion.

Esto me llamó la atencion y le agarré, le restregué contra una credencial y... ¡toma! falso, falsísimo.

Nada, que no teniendo experiencia no se conocen. Por eso á mí no me engañó Sagasta. Yo tenia acerca de él mis dudas; así es que le cogí y le miré á la luz de la Constitucion y plateaba; le miré con el candil de Gobernacion y parecia como si descubriera ribetes amarillos; le dejé caer en el Congreso y sonaba mal; le recogí, le eché una gota de espíritu liberal y ¡aquello era de ver! ¡Qué figura! ¡Qué aspecto! ¡Qué transformacion!

Entonces le tiré, y hoy lo primerito que hago cuando cojo en mis manos á un político es bañarle en una composicion formada con extractos de moralidad, justicia y libertad.

Fuerza es decirlo; pocos resisten la prueba.

Así es, lectores míos, que ¡mucho ojo! andan monedas falsas y billetes falsos. Pero ¿políticos? ¡Ah, es una perdicion!

LAMELA.

GESTOS DESAGRADABLES.

Hay personas crueles y despiadadas.

Sí, señor.

Yo creo que el mundo podria ser una balsa de aceite si no existieran esas personas.



El ministerio marchará unido y compacto para combatir los PUNTOS NEGROS que se presenten en el horizonte.

Porque muchas veces pienso yo: «Señor, qué necesidad tiene nadie de molestar á nadie, ¿verdad?»

Pues con ser esta verdad tan sencilla, todavía hay muchos que la niegan y la desconocen.

Yo sé, pongo por caso, que mi vecino se pone convulso cuando sospecha que pudiera volverse tísico; pues de seguro que he de aprovechar la ocasión de decirle siempre que lo encuentre en la escalera: «Hombre, mala cara tiene Vd.: está Vd. pálido, ¿ha dormido Vd. mal? cuidarse mucho.»

Mi primo H. es valiente como el primero; solo el cólera le hace perder la serenidad; pues yo tengo la convicción de que ni una noche, ni una sola, tomará asiento en un café sin que sus amigos, que conocen su flaqueza, le digan:

«Hombre, ¿sabes que hay malas noticias de París y de Nápoles? El cólera está declarado oficialmente. No, y mira, lo que es ese huésped pronto llega á España: ¿qué es pronto? ya lo tenemos: se han visto casos sospechosos, solo que las autoridades lo ocultan.»

Calculen Vds. la cara que pondrá mi primo con estas noticias.

¿Es Vd. celoso? Pues cuando deje Vd. á su esposa dentro de casa y salga á pasear su mal humor, no faltará un amigo que le grite: «Chico, á tu señora acabo de ver en este momento; parece que llevaba prisa; se dirigía á...»

No tengo para qué decir si se pondrá Vd. alegre como unas castañuelas.

Solicita Vd. un empleo; amigos habrá que se den de calabazadas por darle los primeros la noticia de que el empleo se ha concedido á otro: pretende Vd. á una niña; á docenas saldrán amigos desinteresados que, cuando sea tarde, le hagan saber que la niña tuvo en otros tiempos tales ó cuales trapicheos...

Cada noticia de estas produce su efecto, y este efecto se traduce en el rostro de la víctima por un gesto desagradable.

Vamos á ver: ¿no podrían suprimirse esas pequeñas molestias—que á veces son grandes—y que á nadie favorecen y para nada son provechosas?

Querria yo que me dijese, es un ejemplo, para qué vale el ruido insufrible de las campanas. Sea us-

ted lo católico que se le antoje; no perdone misa, ni Cuarenta Horas, ni jubileo; procure que no se celebren procesiones en que no se halle, ni entierros en que no rece; pero ¿á qué molestar al infeliz vecino de la parroquia?

Amanece, y el sonido lúgubre de la campana que dobla á muerto excita sus nervios y le roba el sueño completamente; despues el monótono sonido de la misma campana que convoca á los fieles para oír una misa, y luego otra, y luego otra, y otra, y otra, y otra, y lo mismo siempre, *tan, tan, tan-tan, tan-tan, tan*; y las vísperas, y las fiestas, y las misas mayores, y las reservas, ¡cuántos gestos desagradables, y cuántas maldiciones, y cuántas irreverencias habrán causado!

Otro tanto digo del nuevo embajador de Francia en Rusia, porque yo soy justo, y lo que no quiero para mí, no lo quiero tampoco ni para los monarcas, ni para los emperadores; bien que estos valen mucho más que yo; pero eso no quita.

El tal embajador pronunció en su discurso la palabra *república* y el *autócrata* hizo un gesto desagradable: así cuentan las crónicas. Es natural; la palabra *república*, en los oídos de un emperador, debe de producir peor efecto que el ruido producido por un aprendiz de pianista en un enfermo de la cabeza.

Comprendo que S. M. hiciese gestos desagradables. Ya los hubiera hecho el mismo pontífice si le hubiesen hablado del racionalismo. El emperador es casi tan enemigo de la república como el papa de la razón.

Yo comprendo el gesto de esa pobre majestad, que habrá hallado tal vez algo de fatídico y amenazador en la voz *república*; lo que no puedo explicarme es la torpeza diplomática de ese embajador.

¡Nécio! ¿Cómo no sabrá que á los reyes se les ahorran siempre esas molestias?

UNO.

MIREN USTEDES...

Lo que es esta vez, señores ministros, no hay excusa que valga.

Miren Vds. que las economías las pide todo el país; con que no pueden Vds. salir con la patochada de que el país no está preparado para ellas.

Si son Vds. hombres de pelo en pecho, con desabrigarse quedará demostrado.

Los antecesores de Vds. decían á cada paso: nosotros íbamos á hacer la felicidad del país; pero se sublevaron los pícaros federales y nos ataron las manos.

Nosotros íbamos á introducir tales y cuales mejoras; pero se sublevaron los carlistas y tuvimos que refrenar nuestros ímpetus.

Ahora, caballeros, ya no hay escape. O quieren ustedes ó no quieren.

Los federales, algo menos inocentes que hace dos años, no han de servir á Vds. de pretexto. Los pobres carlistas todavía no han comprado el paño de las nuevas boinas que les hemos de coger; con que... á ello.

Por otra parte, hasta ahora habia aquello de que no se podía hacer nada en bien del país porque habian de comer en una misma gamella los unionistas, los progresistas y los cimbríos. Ahora tambien falta ese pretexto.

Los antecesores de Vds. iban haciendo eses y tambaleándose, un día, porque lo demasiado liberal desagradaba á los fronterizos; otro día, porque lo demasiado conservador alarmaba á los cimbríos; otro día, porque elegir el punto medio solo servia para dar gusto á cuatro inválidos ayacuchos.

Ahora, ¡por vida del otro! que nadie les va á ustedes á la mano.

Porque economicen Vds. no se ha de alarmar nadie; porque hagan justicia no les ha de desacreditar nadie.

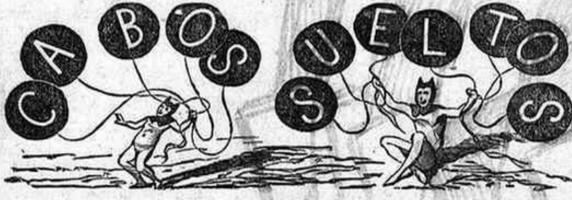
Hay, por el contrario, un sinnúmero de honrados bobalicones en España que solo desean un ministerio barato y arrimado á las leyes para llevarle en

andas y proveerle de cuantos diputados necesite para la próxima legislatura.

Miren Vds. que tienen en botella la vacuna de la moralidad; miren Vds. que pueden quedar con mucho lucimiento si cumplen su programa; miren ustedes que pueden castigar la vagancia con solo no mantener vagos en las oficinas; miren Vds....

Miren Vds. por sí, que ahora es tiempo.

AQUEL...



En vez de Lagarza, puso un cajista de *La Correspondencia*: Sagasta.

Bien mirado, casi me gustaría más llamar La Garza á ese señor.

Para que se vea el cariño que se profesan los progresistas.

Leía uno de ellos los nombres de los ministros, y al llegar al del Sr. Mosquera, preguntó otro:
—Pero ese... ¿está empadronado?

(Histórico.)

Leo en un periódico que D. Fulano de Tal se halla en los baños y que despues pasará á reunirse con su familia.

Entiendo que ese Sr. Fulano está muy en su derecho al hacer todo eso.

Y entiendo que á su familia podrá interesar algo más que al pueblo esa noticia.

Se susurra que el príncipe Carlos de Rumania quizá abdique de un momento á otro.

(Pongo esta noticia para calentar de cascos al duque de Montpensier, que en cuanto huele una vacante ya está encalabrinado).

Lean Vds. gritando:

¡En Francia los ministros se han sujetado á un descuento de 25 por 100 en sus sueldos!

¿Lo habrán oído los ministros españoles?

¿Qué le parece á Vd. lo de las economías del ministerio?

—¡Las aplaudo!

—¡Cómo! ¿Y Vd. es federal?

—Pero, hombre, ¿somos acaso los federales enemigos de economías?

—¡Es que el ministerio no las hará!

—Entonces debe Vd. preguntarme qué me parecen los gobiernos que no hacen economías, y le responderé: los silbo.

Dice *El Correo de la Rochela* que se persigue allí á un sacerdote católico, apostólico, romano, por haber atentado al pudor de algunas niñas menores de trece años.

¡Y por esto se persigue á un sacerdote!

¡A uno solo!

¡Ah, qué perreza!

Se ha descubierto otro conato de robo por la alcantarilla.

Por supuesto que tampoco lo ha descubierto la ronda.

¡Faltar á sus antecedentes...! ¡Jamás!

El duque de la Torre ha ido á cazar con el rey. Siempre es un desquite.

¡Con cuán distintos personajes ha cazado el duque de la Torre!

Con Espartero, con Narvaez, con O'Donnell, con Gonzalez Brabo, con Prim...

Nada; son aficiones. En viendo uno que caza, allí está él.

Hace notar un periódico que los duques de Montpensier viven en Aguas-Buenas sin aparato.

¡Ah! Bueno era el aparato hace tres años; pero lo manejaron manos inexpertas y está hecho añicos.

Los músicos son de la piel del demonio.

El joven pianista Angel Quílez, que hace poco tiempo publicó unos lindísimos walses, acaba de escribir una melodía-capricho para piano.

Y es lo más curioso que también de esta se ha agotado la primera edición.

Pero ¡cuántas líneas escribe *La Iberia* para demostrar que está de acuerdo con el nuevo ministerio!

Todas inútiles. Siguiendo empleado su director, ¿qué remedio?

Los camareros del *restaurant* de Fornos se proponen elevar una solicitud al presidente del Consejo de ministros reclamando una indemnización por cada discurso de moralidad que pronuncie S. E.

Están asustados los infelices.

El ingenioso director de *El Cascabel*, D. Carlos Frontaura, ha publicado en su ameno periódico una carta en contestación al Sr. D. Pedro Domingo Montes, y otra vez se muestra dispuesto á secundar activamente la idea de la *Asociación* de escritores, y aun insinúa algunas luminosas ideas sobre el particular.

También el Sr. Campo y Navas, antes de salir de Madrid, ha remitido al director del *Gil Blas* numerosos apuntes sobre el proyecto de *Asociación*.

Cada día tenemos más fundadas esperanzas de que no terminará este año sin que la *Asociación* esté formada.

Se ha descubierto que una planta llamada *Cundurango* cura rápidamente el cáncer.

Pido que pongan una cataplasma de *Cundurango* á la union liberal... digo, no. Pido que no se la pongan; me había equivocado.

La Esperanza se desata contra los vagos de café. No hemos visto vagos vestidos de ese color. Si dijese vagos de tinta...

El gobernador de Sevilla no dió traslado á la prensa de aquella capital del nombramiento de nuevo ministerio.

El diría: las malas nuevas, el viento las trae.

Dos iglesias más han sido robadas en Lugo.

Cuando sea oficial la infalibilidad del Papa, él avisará de antemano por el condenado telégrafo los robos que se deban evitar.

El eminente Mario se ha retirado de la escena.

¡Lo ois, oh Montpensier?

¡Más de cincuenta diputados monárquicos se han acercado al nuevo ministro de Hacienda pidiéndole empleos para sus respectivos electores!

¿Comprendéis mi regocijo al decir «diputados monárquicos?»

¿Sí?

¡Ah, picarillos!

¡Venga esa mano!

Se lo digo á *El Jurado federal*, colega que viene de refuerzo.

¡Duro donde Vd. sabe, y viva mil años!

Dice *La Iberia* que el ministerio será *previsor* en el asunto de *La Internacional*.

¿No les parece á Vds. que el diario progresista principia á descubrir la oreja?

El ministro de Hacienda dice á la administración económica que pague á los maestros.

Las provincias reciben la orden y no pagan.

Eso no importa.

Calcúlese si deben estar tranquilos los maestros, sabiendo que están dadas las órdenes.

En la dirección de Obras públicas se trabaja activamente por el asunto de las economías.

Pues ojo, que mucho puede hacerse en este ramo sin perjudicar el servicio.

No sé si me entienden; no sé si me explico.

Tiempo atrás descubrió Rebullida un clérigo cobrante entre el material de un ministerio.

Ahora se ha averiguado que del material de Gobernación cobraban unos empleados innecesarios.

Por esto al oírnos hacer oposición, nos dicen algunos liberales:

—¡Hombre... no sea Vd. tan material!

A consecuencia de desacuerdo en opiniones políticas estuvieron á punto de venir á las manos dos individuos, padre é hijo, en Chamberí.

Esto no me parece bien entre hombres.

Si fuese entre presbíteros, ¡vaya!

Setenta y cinco días de *incomunicación* han sufrido muchos ciudadanos á quienes hoy se pone en libertad.

Se trata del asesinato de D. Juan Prim.

El chiste de todo esto aparece envuelto entre *nueve mil* fojas que tiene la causa.

Va á haber danza de gobernadores.

Algunos de ellos, que al desempeñar ese cargo hacían un sacrificio, podrán descansar.

Ya era tiempo.

El cura de Villaverde ha sido procesado por abusos cometidos en el desempeño de su cargo.

¡Oh, pronto, pronto: indulto, amnistía, cualquiera cosa de esas que sirven para desprocesar á clérigos!

El suave pontífice Carulla *ha puesto* en castellano *Los Cruzados de San Pedro*.

Otros los pusieron en fuga hace tiempo.

Agradecemos á *La Última Hora* los términos en que se expresa á propósito del *Gil Blas*, con motivo de un suelto en que hablábamos de los procesos de algún empleado público.

En cuanto á su excitación, debemos decirle que con solo trabajar en los expedientes incoados se daría un gran paso.

Nosotros no somos tribunal ni cosa semejante; que si lo fuéramos...

Bélgica y Holanda meditan algo...

Dícese que piensan organizarse en república federal.

Sin duda han pasado para esos pueblos aquellos cuatro años que los cimbríos decían habíamos de pasar nosotros para establecer la república.

Pues mire Vd.

Que nos faltaban cuatro años ya hace tres que lo dijeron.

Con que... ¿eh?

Nuestro amigo Luis Rivera ha salido para las provincias del Norte con el inquebrantable propósito de recobrar la salud á todo trance.

Para lograrlo, está resuelto á vencer cuantos obstáculos le opongan el clero, el ejército, los fronterizos, los bobos y todas las rémoras tradicionales de España.

¿Lo oye Vd., Sr. Ruiz Zorrilla?

Pues no digo más.

El Sr. Sagasta recibe infinidad de cartas de adhesión.

Es decir que había colocado infinidad de españoles.

Vuelve á hablarse de importantes averiguaciones hechas sobre el asesinato de D. Juan Prim.

Pero se ha renunciado ya á encontrar papeles importantes en bolsillo alguno.

Estoy avergonzado.

Llevo veinte años en Madrid y aun anteayer me tomaron por paleta.

Uno de esos holgazanes que detienen á los forasteros en mitad de la calle, incitándoles á ir á las casas de juego, tuvo la avilantez de alargarme la mano y dirigirme la consabida invitación en plena Carrera de San Jerónimo.

Por supuesto que me lavé enseguida; pero aunque quedara limpio, ¿qué importa, si queda Madrid tan sucio?

Y luego, ¿quién me quita á mí el enojo de haber sido confundido con un badulaque?

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.